

# Crestomatías guadalupanas

No. 6

## *La Virgen de Guadalupe de México: síntesis y unión nacional<sup>1</sup>*

ARTURO ROCHA CORTÉS ©



Fray Bernardino de Sahagún [1499-1590]

Estamos próximos a conmemorar un aniversario más de las marifanías en el Tepeyac al indio Juan Diego Cuauhtlatoatzin (1474-1548), canonizado por Juan Pablo II. Y tras contemplar las multitudinarias peregrinaciones que el Santuario más importante de América es capaz de poner en movimiento no bien se aproxima el 12 de diciembre, es difícil imaginar un mejor vínculo para esa inextricable *síntesis* (no mero *sincretismo*) de realidades que componen la mexicanidad, que el acontecimiento guadalupano, no sólo en su dimensión de hecho religioso, sino de fenómeno sociológico y antropológico.

Fr. Bernardino de Sahagún, hacia 1576, ya registraba los numerosísimos contingentes de personas que acudían desde lejanas tierras, a muchas leguas de distancia, al Tepeyac, que antes de la evangelización y conversión de los indios, había sido santuario de la diosa Tonantzin, y donde “agora se llama —anota el religioso— nrã señora de guadalupe [*sic*]”.<sup>2</sup> Empero, el minorita refiere lo anterior con las reservas propias de un fraile franciscano que en toda aquella “devoción” sospechaba pervivencia de

paganismo, cuyo origen —decía—, *no se sabía de cierto*, y a la cual, incluso, no dudaba en considerar “ynvencion satanica para paliar la ydolatria [*sic*]”.<sup>3</sup>

Comoquiera: si el personaje de Juan Diego ha sido definido audazmente por José Luis Guerrero como “padre de la patria” —a la que habría dado, simbólicamente, su ser como nación mestiza—, ello ha sido posible sólo por virtud de la Virgen de Guadalupe, quien representa la unión de dos realidades que parecían irreconciliables diez años después, al menos, de la conquista española. Guadalupe representa la unión de *dos mundos*, indiano e hispano, otro-

<sup>1</sup> Tomado del libro de: Arturo ROCHA, *Virtud de México. El valor de la tradición*, México: Miguel Ángel Porrúa/Fundación México Unido, 2006.

<sup>2</sup> *Códice florentino*, t. III (Cod. Medic. Palat. 220, Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia), lib. XI, cap. XII, § 6, f. 234r.

<sup>3</sup> *Id.*

ra inmiscibles; la síntesis de ambos en una sola cosa, echando por tierra el muro que los separaba: el odio... conformando, así, un pueblo nuevo.

En efecto. Tras la conquista española, surgió en lo que habían sido las tierras de Anáhuac algo completamente nuevo (y que en otras conquistas —como en la de Norteamérica, siglos después— no tendría lugar): el *mestizaje*. Pero el mestizo era un desposeído y huérfano en la propia tierra en la que había nacido. Ese “nuevo ser”, ni español ni indio, no era reconocido ni por los españoles ni por los indios, mas despreciado, sí, por ambos. Fueron los mestizos, en rigor, los primeros marginados de la incipiente sociedad mexicana (de un México que,



T. LEHNERT, “Indias de la Sierra. Vista del Santuario de N.ª S.ª de Guadalupe”. *Álbum pintoresco de la República Mexicana*, s. XIX. Litografía (BNM)

paradójicamente, no lo era aún). El primer obispo de México, Fr Juan de Zumárraga se lamentaba amargamente en una carta al rey de España, Felipe II, de la condición de los “...niños huérfanos, hijos de españoles e indios, que andaban perdidos por los campos, sin ley ni fe, comiendo carne cruda...”<sup>4</sup>

Pero la Virgen de Guadalupe, tenida por milagrosamente estampada en la tilma de Juan Diego en 1531, era nada menos que una virgen mestiza. Sin embargo, si bien reivindicadora por su sola imagen del mestizo, su men-

saje iconográfico resultaba elocuente lo mismo a indios que a españoles.

Así, la Virgen de Guadalupe en poco tiempo, se convirtió en vínculo de unión entre los dos componentes del mestizaje, otrora enemistados por las circunstancias de la conquista armada y nunca enteramente reconciliados por virtud de la más “suave” conquista evangélica. Incluso Guadalupe fungiría como factor importantísimo de los esfuerzos evangelizadores de los frailes, ya incluso desde el siglo XVI, viéndose así mucho más prontamente coronados por el éxito.

En cierto modo, de manera análoga a como el indio Juan Diego puede ser considerado “padre” de la mexicanidad, María de Guadalupe es la “madre” de dicha nación. En ambos, de alguna manera, nos reconocemos filialmente; ambos son signo y realidad de nuestra *mismidad*; son el *idios* de nuestra idiosincrasia; vínculo amabilísimo de unidad e identidad.

Una patria cuya esencia puede ser descrita sin temor como decidida y devotamente guadalupana. Así lo comprendió el poeta Ramón López Velarde (1888-1921), cuando escribió en “La Conquista”, en *El Minutero* (1923):

---

<sup>4</sup> “Carta de Fr. Juan de Zumárraga a Felipe II” (México, 4 dic. 1547) in: Mariano CUEVAS, *Historia de la Iglesia en México*, vol. I, cap. 19.

Un día del último febrero, en que con meros ojos de mexicano, dentro de las naves de Guadalupe, vi arder cera en los guantes, cera en los dedos de los niños, cera en el brazo del peón, cera en la viuda vergonzante, cera en la palma del oficinista, cera, en suma en las manos abigarradas del Valle, persuádmeme de que la médula de la patria es guadalupana.

Es por esto que yo, que escribo estas líneas no me asombré en lo más mínimo hace unos días, cuando fui presentado ante un hombre de apellido Friedmann, muy mexicano (confesaba él), de religión judía pero ¡eso sí, devotamente guadalupano!, con todo y lo paradójico que ello pudiera resultar a primera vista.

¡Qué mejor símbolo de unión nacional que Guadalupe, que traspone los aparentemente infranqueables linderos de la religión, para instaurar unión ya no digamos nacional, sino meramente humana!



Ramón López Velarde [1888-1921]